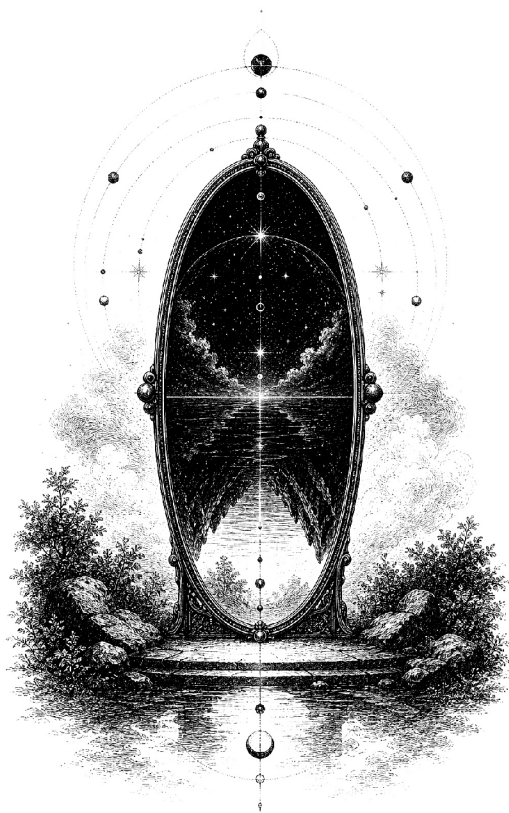


CAPÍTULO II

EL REINO DE LOS ESPEJOS

EL PRINCIPIO DE CORRESPONDENCIA



«Como es arriba, es abajo; como es abajo, es arriba».

El Kybalion

En Ciberiada, de Stanisław Lem, un bandido exige conocimientos en lugar de oro. Trurl y su compañero le responden construyendo una máquina que proporciona información en cantidades abrumadoras. El bandido espera una revelación; recibe mucho más de lo que puede aprovechar, hasta que esa acumulación acaba convirtiéndose en su prisión.

La escena plantea una pregunta que nos acompañará en este capítulo: ¿qué transforma la información en comprensión? Un dato puede ser verdadero y, aun así, decirnos muy poco sobre lo que importa. Al entrar en el Reino de los Espejos, buscaremos patrones que nos ayuden a comprender el mundo y nos preguntaremos cómo distinguir una relación reveladora de otra que solo deseamos ver.¹

Escuchar no una voz particular, sino el Logos, y reconocer que todo es uno: en ello reside la sabiduría.

Heráclito de Éfeso, en paráfrasis.²

— ● —

ESPEJOS Y PALOMAS

Nuestro viaje al Reino del Sueño, siguiendo el primer principio universal —el mentalismo—, nos llevó hasta los orígenes del universo y sus niveles más ocultos. Para explorar el segundo principio hermético, «Como es arriba, es abajo; como es abajo, es arriba», entraremos ahora en el Reino de los Espejos, donde se reflejan los órdenes manifiestos y ocultos de la

realidad. El principio de correspondencia condensa en una metáfora la esencia de lo que los antiguos griegos llamaron cosmos: el orden del mundo.

Según este principio, todo cuanto existe forma una unidad. Las distintas manifestaciones del ser — materia, energía y conciencia— están armoniosamente relacionadas porque proceden de una misma fuente: la Mente Universal. En todos los niveles de la existencia se reconoce un mismo patrón. Al profundizar en una forma particular, adquirimos así conocimiento del conjunto, pues el universo entero sería reflejo del Pensamiento primordial.

Recorreremos, por tanto, distintos órdenes y estructuras: los creados por la cultura y los que las ciencias exactas y naturales descubren en la naturaleza. Observaremos cómo el orden cósmico encuentra ecos en la vida terrestre y cómo se refleja en nuestra visión humana de la realidad, expresada mediante mitos, símbolos y matemáticas. Desde el segundo principio hermético, nuestros cuerpos y nuestras mentes son también pequeños espejos en los que se refleja un antiguo «patrón de creación».

Resulta curioso que nuestras mentes —esos productos tan enigmáticos y fugaces del órgano llamado cerebro— hayan evolucionado para detectar patrones allí donde pueden encontrarlos. No somos los únicos que establecemos asociaciones engañosas. El psicólogo estadounidense B. F. Skinner, una figura central del conductismo del siglo XX, estudió esta cuestión con palomas. Un dispensador les proporcionaba alimento a intervalos, independientemente de su conducta. Con el tiempo, algunas comenzaron a repetir movimientos: girar, agacharse, inclinar la cabeza o mover las alas. Parecía que relacionaban la llegada de la comida con lo que habían hecho justo antes y repetían su pequeño «ritual» para obtener otra ración. Skinner interpretó esas conductas como una forma de superstición: el

establecimiento de una relación causal donde el experimento no la exigía. Investigaciones posteriores han discutido esa explicación y han señalado otros mecanismos posibles.⁵⁰¹ La escena sigue siendo una imagen sugerente de nuestra tendencia a conectar lo que hacemos con lo que sucede a nuestro alrededor. No basta, sin embargo, para explicar por sí sola el origen de las religiones o de todos los rituales humanos.

Buscar regularidades y semejanzas es una capacidad biológica que ayuda a vivir en un entorno cambiante. Detectar patrones reales puede facilitar la búsqueda de alimento, la protección frente a los depredadores, la elección de un refugio o las relaciones dentro de un grupo. Pero esa capacidad también produce falsas asociaciones. En la cultura, ese entorno construido por los seres humanos, los órdenes imaginados y las conexiones «mágicas» pueden llegar a orientar la mentalidad de sociedades enteras durante siglos o milenios.

Por eso debemos viajar con cuidado. Quien haya entrado en una sala de espejos de feria sabe que no todos devuelven una imagen fiel: también deforman y engañan. Aun así, existen regularidades y estructuras locales, aunque la entropía global pueda aumentar. La muerte térmica es uno de los escenarios del futuro cósmico, no una conclusión definitiva sobre todo lo que puede suceder. Las leyes físicas y las estructuras que observamos —desde la red de galaxias hasta los ritmos de nuestro entorno— muestran que la naturaleza no carece de orden. En la lectura hermética, somos un pequeño espejo de la belleza del cosmos, y el cosmos es, a su vez, un espejo inmenso del orden del Logos, la Mente Universal o el Absoluto primordial.

Plotino propone en las Enéadas una relación semejante: la palabra pronunciada remite a la palabra interior, y esta, a un principio superior.³

NOSOTROS EN EL COSMOS

Ordenar el entorno constituye uno de los fundamentos de nuestra vida psíquica y social. La conciencia de quiénes somos se forma en relación con los demás y dentro de un espacio y un tiempo organizados culturalmente.

Muchas mitologías presentan los acontecimientos terrestres como reflejo de un orden superior, establecido al comienzo del tiempo. Lo sagrado se manifiesta mediante una hierofanía: una manifestación de lo sagrado en el ámbito profano que distingue un lugar o una experiencia de lo cotidiano. Mircea Eliade describió cómo, para el ser humano religioso, el espacio no es homogéneo. Algunos lugares poseen una cualidad diferente; reconocerlos permite establecer un centro, un punto de orientación. En esa perspectiva, fundar un mundo habitable significa distinguirlo del espacio indiferenciado y conferirle sentido. El lugar sagrado proporciona un punto fijo desde el que orientarse y vivir una realidad dotada de significado.⁴

Árboles, montañas, piedras, ríos, umbrales, puertas y columnas pueden actuar como signos que organizan el espacio y marcan fronteras entre lo humano y lo divino. Esas fronteras son también pasos entre «cielo» y «tierra», lugares de comunicación con el Absoluto primordial. Uno de los signos más importantes es el «centro del mundo», a menudo representado por un objeto vertical: árbol, poste, columna o montaña. Lo vertical se convierte así en una referencia para orientarnos en el mundo. Ese axis mundi, o eje del mundo, ordena direcciones y valores: cielo y tierra, arriba y abajo, derecha e izquierda, luz y oscuridad, vida y muerte, alma y cuerpo, bien y mal, lo divino y lo humano.